

El hombre, durante su permanencia en la superficie del planeta, ha destruido bastantes especies animales, cuya desaparición consta en la historia natural. Alguna de estas especies desapareció porque las condiciones climatológicas, después de los grandes cataclismos del globo, no le fueron favorables; otras, sin género de duda, subsistirían aún á no perseguirlas y acosarlas el hombre. De varias, sin embargo, quedan restos. A pesar de la lentitud y dificultad con que se reproducen los grandes cetáceos, los grandes mamíferos, las fieras, aún se alza sobre la superficie del mar el doble surtidor de la ballena, aún paca en los juncales indianos el elefante, aún ruge en el Atlas el león. Si persisten así los macrobios, ¿qué esperanzas podemos alimentar de extinguir los incontables microbios patógenos?, ¿cómo reducir el número de las infecciones?

* *

Racionalmente no cabría ni soñarlo. Y no obstante, los hechos demuestran hasta la evidencia que la campaña no es estéril. Acordémonos de la Edad media. Un vago presentimiento científico era el que dictaba los acordonamientos y los aislamientos terribles, el abandono de los míseros apestados, la línea de fuego donde eran encerrados los sospechosos de traer de Oriente un azote misterioso entonces. No se conocía otro medio, y ese era el que se empleaba en toda su crueldad. En el idioma quedó la huella del procedimiento: «Huyen de mí como si fuese un apestado,» oíréis decir frecuentemente. Había que huir de un enemigo al cual no se sabía combatir, contra el cual no existían armas.

Y la fuga, lo mismo que los demás actos de cobardía, era fatal, era la plena derrota. Las pestes, no sólo de la Edad media, sino de épocas recientes, despoblaron ciudades, sembraban las calles de cadáveres, infestaban el aire y enloquecían de tal modo á las multitudes, que provocaban actos de verdadero frenesí. Nadie ignora la parte que tomó el cólera en la matanza de los frailes en España. Crefanse envenenadas las fuentes — en lo cual también había un presentimiento de la verdad, dado que las infecciones por el agua se transmiten...

Sólo Barcelona sufrió, desde el siglo XIV hasta el último tercio del XIX (antes no existen documentos), unas veintiseis ó veintiocho epidemias atroces; algunas duraron cuatro y cinco años; alternaban gratamente la peste negra, la bubónica ó de Levante (conocida por *mala landre*), el dengue ó *influenza*, el paludismo, la difteria, la fiebre amarilla y el cólera morbo asiático. Nótese este hecho: la peste bubónica, que muchos creen un contagio nuevo, es de los más antiguos y clásicos en España. Con todos sus caracteres la encontramos en la Edad media y el Renacimiento, y sólo la vemos aplacar un poco su furia cuando la Edad moderna trae consigo las primeras nociones, no de asepsia ni de antiseptia, sino sencillamente de limpieza é higiene general. El espantoso contagio sigue rondándonos; asoma su monstruosa faz por la orilla portuguesa; mano invisible parece detenerle en su camino. — Es el agua, es el jabón, es el uso de camisa y medias, es todo lo que hogañó posee el más modesto hogar, y antaño se desconocía en los palacios; ahí y no en ninguna otra valla tropieza y rompe sus alas fúnebres el mal de los climas donde aún es sucio el hombre, donde ideas religiosas absurdas le inducen á dejar sus muertos insepultos y preocupaciones tradicionales le retienen sujeto al modo de vivir de hace veinte siglos.

Hoy la bubónica no pasa de chispazos aislados: no se extiende. Siempre amagando en Oporto, jamás llega á convertirse en verdadero peligro; y sus asquerosos reales los tiene en los barrios infectos donde se hacina una población que, en punto á limpieza, no está muy diferente de lo que estaría en el siglo XV. Clara es la lección. No se necesita ni antiseptia, basta el sencillo aseo, para combatir el desarrollo de estas infecciones un tiempo consideradas misteriosas y de ignorada causa. Los invisibles, á quienes por su fantástica y prodigiosa reproducción acaso tendríamos por *invencibles*, retroceden y se retiran ante elementales precauciones de limpieza, el abecé del aseo, y que cada día se extiende y propaga entre todas las clases. ¿Qué no se obtendrá al aplicar debidamente el vasto sistema preventivo y represivo de la desinfección? — Las epidemias y hasta las endemias desaparecerán del mundo civilizado. El término medio de la vida humana, que ya ha crecido bastante, seguirá creciendo; el sufrimiento y el dolor disminuirán; uno de los grandes motivos de terror desaparecerá; la «cólera divina» no se presentará falsamente representada por contagios que la ciencia sabe conjurar y prevenir, y los días sombríos del cólera

no volverán á teñir de arreboles lívidos y sangrientos el horizonte de las grandes ciudades...

* *

Bajo el Renacimiento asoma el aseo personal, comienza á usarse la ropa blanca, se indican los albornos — muy tenues — de la reconciliación de la humanidad con el agua; en el nuestro apunta la desinfección racional; nada más que apuntar; no es un hecho general todavía. Cuando se propague y penetre en las costumbres, surtirá tales y tan maravillosos efectos, que hoy ni los sospechamos.

Obsérvese un solo detalle. Desde que se asisten los partos con la antiseptia, las fiebres puerperales han desaparecido. — Una tercera parte de las mujeres que daban á luz sufrían esas fiebres; una cuarta parte, quizá me quede corta, á ella sucumbían. La función de la maternidad se consideraba peligrosa: ha dejado de parecerlo desde que las mujeres no se cuecen en su propia suciedad, en una habitación cuidadosamente cerrada. En esto también las costumbres primitivas, el hábito de sumergirse en el río y lavarse y purificarse después del parto, fueron temprana intuición de lo que la ciencia había de establecer victoriosamente miles de años después.

Es curioso registrar en la historia el número de reinas de España que murieron de fiebre puerperal, accidente del cual no mueren las obreras hoy. La etiqueta envolvía á las desventuradas señoras en mayor fetidez é infección que á sus súbditas, y la gloria de dar á la corona un heredero les costaba la vida. He ahí el lazo oculto que une á los bellos grupos sepulcrales de bronce de Pompeyo Leoni con las bacterias y bacilos. Esos reyes dorados que se arrojan en el presbiterio de la iglesia del Escorial rodeados de tres ó cuatro damas, se arrojarían con una sola y el grupo sería menos estético...

* *

Notad, pues, cómo cabe luchar victoriosamente contra esos invisibles que se multiplican por millonadas. Son el infinito; pero contra ese ejército innumerable, ejército de Jerjes, las falanges griegas de la limpieza y del aseo realizan prodigios. La peste está conjurada. ¿Qué mayor demostración? Y cuenta que por ahora casi nada se ha hecho en sanear y desinfectar. Algunas poblaciones muy adelantadas comienzan á desembarazarse de las materias que producen fermentaciones pútridas, á tener agua suficiente y á esterilizar focos: la inmensa mayoría siguen infestadas. En Marineda la traída de aguas constituye un bello ideal y los conductos de la potable pasan por debajo de los del alcantarillado: así es que las tifoideas, según la enérgica frase de Virchow, se beben y se comen. Las cloacas desembocan en el puerto; las aguas de la hermosa bahía están recibiendo continuamente arroyos de inmundicia; al retirarse la marea el olor es insufragable, y un enamorado que quiso suicidarse por desesperación, salió, cuando lograron pescarle, cubierto de impureza. ¡Pobre alma lírica, que ni aun pudo conseguir el momento bello de la tragedia, y se encontró bajo la ridiculez grotesca de la inmersión en las heces de la prosa diaria!

* *

En Compostela el tifus hacía estragos también. Se llevaba cada otoño una cosecha de espigas nuevas, de mocedad estudiantil fresca y lozana. Las calles se entristecían con el cortejo fúnebre del estudiante, cuyo ataúd seguían los compañeros cabizbajos, hinchadas la pupila por las noches pasadas en vela á la cabecera y por el llanto de la primera edad viril, en que todavía hay dejos de la niñez. — Bastó sanear unas aguas corrompidas para que cesase el azote. Ya los estudiantes no se mueren «como moscas...»

* *

Animo, pues; se consigue mucho con poco esfuerzo; los invisibles son cobardes; retroceden apenas el hombre despliega algo de iniciativa y de valor. Una de las precauciones más fáciles es la de quemar las basuras en el fogón, en vez de echarlas á la calle. Este sistema economiza combustible, evita el espectáculo repugnante de los montones de basura en la vía pública, donde escurban los perros y los traperos, y hasta impide que se pierdan cubiertos de plata, á veces, envueltos en los despojos de cocina. Las mujeres pueden hacer mucho por la desinfección. Que aprendan y apliquen lo aprendido; que conozcan á los invisibles, para pelear con ellos en el hogar.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LOS INVISIBLES

Cierta circular de la dirección de Sanidad ha caído en medio de la indiferencia con que aquí solemos mirar lo que no se relaciona ni con la chismografía ni con la política personal, dos cosas poco distintas y una sola calamidad verdadera. En esa circular se trata de desinfección, tema que yo colocaría á la altura del tema pedagógico, en importancia para el remedio y adelanto de la humanidad; pero para reconocerle importancia al tema, sería necesario que estuviesen muy difundidas nociones que todavía son patrimonio de pocos. Para reconocerle la importancia al tema se necesitaría, ¿qué diréis?, fe, mucha fe. La existencia del mundo sobrenatural no la comprueban nunca los sentidos; y la existencia del mundo invisible, rarísima vez. La de las bacterias, bacilos y demás microbios tiene que creerla por un acto de fe la innumerable turba que jamás ha puesto los pies en un laboratorio, ni acercado su pupila al vidrio del microscopio. Y ese acto de fe no siempre se halla dispuesta la gente á ofrecerlo como oblación en aras de la ciencia.

* *

Son bastantes los que, en tonillo malicioso, de zumba, os preguntan: «¿Pero usted se traga *todo eso* de los microbios?» y se retiran persuadidos de que han alardeado de cabezas firmes y de graciosos escépticos, después de sonreír al humilde «sí trago» que de mis labios se escapa. Naturalmente, trago, ¡y á buches! En primer lugar, mi fe no tiene gran mérito; carece de la divina inconsciencia de la fe del carbonero que cierra los ojos y abre el corazón: yo he visto las bacterias por el microscopio: he tenido sabios amigos que prepararon para mí diminutas laminillas de tejidos y me hicieron ver en una gota de sangre el torrente de la vida. Millares y millares y acaso millonadas de organismos cruzaron ante mí por el vidrio revelador, y sus extrañas formas, su vertiginosa vitalidad, me aturdieron, penetrándome de admiración y de espanto. En todas partes, hasta en las aldeas más humildes, llegaré á haber con el tiempo microscopios y aparatos de proyección; el pueblo *verá* y acaso entonces se persuadirá de que existe esa vida invisible ahora. Lo que no llega á los sentidos no lo admite la flaca razón de los pobres de espíritu, que son tantos, y aunque bienaventurados, son funestos.

* *

Mi parte de escepticismo tengo también: no el burdo escepticismo de dar á entender que las bacterias pueden ser divertida broma de los biólogos, no; pero por lo mismo que existen y que son miriadas, ¿cómo hemos de extinguirlas? Esas terribles *colonias*, al parecer, han de resistirse á nuestros ataques. Apuraremos los recursos de la desinfección y disminuirémos su número...; ¿en qué proporciones? ¿Hasta qué límites? Es tarea á primera vista comparable á la de agotar el mar con una esponja...